

Nacido en la provincia de Ciudad Real en 1920, reside en Bilbao desde la infancia —con amplias estancias en la Tierra de Campos— y tiene publicado un cuaderno de poemas, preparando actualmente un libro. Su poesía está revuelta de vida, y en ella se mezcla el misterio con la ternura y cierta ironía que a veces roza el sarcasmo.

Casa

Junto a la camilla
con su brasero,
la tarde brilla
en el cenicero.

Alina se desnuda
en azul, levemente.
En su balcón, la luna.
Ni se la siente.

(Esas maderas humildes que nos separan)

Aquí rezan el rosario
piadosamente.
Se oye el silabario
murmullo de la gente.

Mató un hombre a su mujer
en este cuarto,
Estaba loco,
O estaba harto.

Portal sucio de arrabal,
Oscuras bellaquerías,
Peladuras. Comadrerías,

(El asfalto taponando la tierra fresca, dolorida)

Tuberías, estacas,
cañerías, ratas,
muchas ratas.

El dulce esqueleto olvidado
de un niño nonnato,
junto a un gato.

Nocturno, III

Es la madrugada
y las entrañas dulces del pecado
se han vuelto amargas.

De pronto, en el cerebro,
me ha estallado Dios,
y después de los incendios
ha quedado todo en silencio
como una ciudad bombardeada.

Sólo se oye el llanto de un niño.
Y el aullido de un perro.

Y va amaneciendo.

Sin darse cuenta

Tenía su alma con quien hablaba por las noches,
un alma pequeña y rubia,
además de todo.

Además de su trinchera y sus pantalones,
además de aquel su ponerse las novias
en el bolsillo superior de la chaqueta,
además de todo
eso, tenía su alma —como cualquier otro,

Como otros tienen una pipa
de porcelana, o un corsé de una muchacha
antigua y dulce; o cualquier otra cosa
rara, él tenía su alma pequeña
y dolorosa como algunas íntimas caricias.

Pero no se la veía nadie,
pero nadie sabía nada,
y por eso andaba tan a plomo
ya que no tenía que llorar a solas
y nunca le había estropeado
un solo cuello de camisa blanca.

Y para él se había dicho como para todos:
“Resucitarán con su misma carne”.

Sigan así

Escribir un poema es fácil,
pero ¿qué más da? Luego nos iremos
a beber con los amigos
o a bailar con altavoz
y diremos por la noche: "A mí me duele algo".

Viajamos por la prosa entre gritos
y vemos a los hombres que se llevan la mano a los labios
y a las mujeres con una rosa en la boca
y dos ensombrecidos mundos en los ojos;
y de pronto: un perro atropellado,
o sí dicen que han matado tantos hombres,
o que un padre vive encima de sus hijos;
y nosotros seguimos el camino de la cerveza más cercana
porque nos quitan el sueño estas cosas
y no podemos dormir algunas horas.

No es posible vivir entre señoras honradas
y tirar piedras por las noches.
¡Hay que ver cómo cuesta decir estas cosas entre los autos!
¿Y quién nos va a poner bajo los pies un pedacito de hierba?

¿Para qué vamos a cansarnos?
Nadie puede salirse de su chaqueta
y es muy peligroso apearse en marcha
como dicen los reglamentos.
Es mejor que, catapún, chín, chín,
sigan así las cosas.

Porque uno ya está hasta las narices.

El mensaje

He escrito durante toda la noche a mis amigos, diciéndoles que no vengan a buscarme porque no merece la pena, porque estoy tan devorado que les sería imposible reconocerme.

Las largas cartas han partido en todas direcciones ¡Lo mismo da!, ¡lo mismo da!

Pero se han apresurado a contestarme como aves silenciosas destiladas por la noche, diciendo que venían, que venían desde muy lejos,

fatigados y sedientos, como lentos camellos que atraviesan el desierto.

Espero sin morirme a que me vean para cerrar mis ojos después de verlos, mis ojos tiernos de ver el mundo y mis brazos cansados de tantas primaveras. Espero a todos —son buenos hombres y mujeres— porque quisiera preguntarles algo, no sé qué, lo mismo da, quisiera preguntarles cuando estén todos juntos sobre mi cadáver.

Pero ellos son amigos y aunque les digo que no vengan,
¡lo mismo da!, ¡lo mismo da!,
vendrán furtivamente de las cuatro partes de
la sombra,
porque estoy tan devorado que no pueden re-
conocerme,
y no en balde hemos partido el pan de pequeños
con la misma mano;
y hemos perseguido el mismo aire;
y todos nos llamamos lo mismo;
y a todos nos gustaban las piernas de una
muchacha
jugando con el agua;
y por eso vendrán, de uno en uno,
a mirarme.

Pero yo tengo que preguntarles algo, no sé
qué, lo mismo da, en esta noche inmensa,
pero yo tengo que preguntarles,
y me responderán seguramente,
aunque la respuesta sea un poco de agua,
por amor de Dios, o mi cadáver.

